



El ministro sin cartera del anterior Gobierno, el comunista Alvaro Cunhal, ha caificado la crisis de «un episodio».

PORTUGAL

signar a sus superiores de los que tenían prueba de honestidad y seriedad —como Spínola— para la dirección del movimiento, pero que en cualquier momento pueden volver a reconsiderar la situación. Ese es el papel que se atribuye a la Junta de Coordinación de las Fuerzas Armadas.

Sería entonces esta Junta la que haya podido evitar esa maniobra, y sustituirla con dos hechos de gran importancia que se han producido simultáneamente con la crisis: la decisión de que los generales sean nombrados por elección entre los coroneles, y no por decisión del Alto Mando, y la creación de unos comandos militares que deben garantizar el orden y la seguridad del país. Por un momento se pensó que iba a dirigirlos el general Costa e Gomes, el que fue jefe del Alto Estado Mayor cuando Spínola era segundo jefe, y los dos fueron destituidos por Caetano (se ha dicho siempre que Costa e Gomes está a la izquierda de Spínola), pero la elección ha recaído en un joven mando de la Junta de Coordinación, Otelo Ferreira de Carvalho, nombrado general de Brigada para esta ocasión: uno de los alzados del 25 de abril, de quien se dijo en algún momento que era «el más importante», el que había elaborado los planes del movimiento. Es un hombre de Costa e Gomes, y finalmente, los Comandos Continentales dependen del jefe del Estado Mayor Central, y no de la autoridad civil.

UTRO hombre de Costa e Gomes, Vasco Gonçalves, ha sido finalmente el primer ministro. Un coronel, también figura importante —aunque menos popular que la de Otelo Carvalho— del 27 de abril. Ha prevalecido sobre Firmínio Miguel, que era el candidato spinolista —el ministro de Defensa dimisionario, junto con los otros ministros centristas y Palma Carlos—, que podría haber sido el encargado de la maniobra de Palma Carlos de hacer saltar la izquierda del Gobierno.

Vasco Gonçalves ha sido hasta ahora parco en palabras (cuando se escriben estas líneas, aún no ha nombrado los miembros del Gobierno), pero ha dicho las suficientes: que pretendía mantener la coalición, que habría tres o cuatro ministros militares, que probablemente Alvaro Cunhal seguiría en el Gobierno. Y que sus dos objetivos inmediatos eran una ley electoral y una ley de regulación del derecho de huelga. Por ambas conoceremos cuáles son sus verdaderos propósitos, porque las dos son claves para la democratización de Portugal. Y ambas serán —sus líneas generales— las que determinen a comunistas y socialistas a seguir formando parte del gobierno.

DE este «episodio» de la crisis parecen salir, por consiguiente, cosas muy importantes, si se confirman. La primera, una cierta disminución del papel de Spínola y una reevaluación del de Costa e Gomes (¿podrá ser Costa e Gomes el sucesor de Spínola en la Presidencia antes de que termine el año de plazo?); segunda, una presión democrática del Ejército, tanto en su propia institución como en la generalidad del país; tercera, una mayor fuerza militar sobre el país, con la importante ocupación del resorte del orden y la seguridad internas (el Comando Continental) y con la Presidencia del Gobierno, que hasta ahora era de civiles, aunque sigan quedando civiles en él; cuarta, un posible retroceso de la reacción hacia la derecha, que había llegado a su «climax» posible y no ha conseguido seguir adelante.

SON especulaciones. La situación de Portugal es enormemente móvil, afortunadamente para ese país. Está buscando su postura posible y tardará en encontrarla. Hasta que lo consiga, todos los peligros están en el aire. ■ E. H. T.

(Véase en este mismo número —páginas 22 a 25— el estudio de R. Gómez y J. Campos titulado «Portugal: la economía y el futuro», escrito antes de producirse la dimisión de Palma Carlos.)

